

Preludio a un estudio de Melilla: la perspectiva de un “Outsider” (1)

Henk Driessen

Permítanme empezar con una renuncia. Aquellos lectores que esperen encontrar en este estudio monográfico nuevos datos sobre el fascinante pasado de Melilla han de sentirse decepcionados. Después de tres meses de investigación me encuentro todavía completamente ocupado reuniendo material empírico. Escribir una historia totalmente documentada de la ciudad y las tierras contiguas a ella es un proyecto a largo plazo. Por ello, la presentación de mis descubrimientos constituye una deuda que espero amortizar en el futuro.

En este pequeño trabajo me impongo una tarea mucho más fundamental, es decir, la clarificación de algunas de mis asunciones, ideas y conceptos —dicho en pocas palabras, mi bagaje intelectual— que empleo en la investigación antropológica e histórica que estoy llevando a cabo en Melilla ahora. Para una persona no erudita, la palabra “teoría” evoca imágenes de abstracción e incomprensión casi totales. Esto es un mal entendido. La palabra “teoría” significa simplemente ideas sobre la interrelación entre hechos e ideas que contienen la capacidad de explicar. La teoría es esencial para la investigación histórica, ningún historiador puede prescindir de ella. Incluso aquellos que adoptan la actitud de dejar que los hechos de la historia hablen por sí mismos —de hecho, esta es la postura epistemológica de casi todos los aficionados que han escrito sobre la historia de Melilla— implícitamente emplean ideas preconcebidas y actitudes políticas y culturales sobre los hechos que presentan en sus escritos. La historia es un torrente infinito

(1) El autor es profesor de Antropología Cultural e Histórica en la Universidad Católica de Nimega (Nijmegen), Países Bajos. Es especialista en Culturas Mediterráneas y está realizando unos estudios en Melilla.

Este artículo escrito originariamente en inglés, ha sido traducido al castellano por Luis Moreno, al que agradezco su perfecto trabajo.

de acontecimientos que nunca habla por sí mismo. La misión del historiador es *hacerlos* hablar. Para hacer esto el historiador necesita de instrumentos que le ayuden a seleccionar unos datos y a desechar otros de entre los que aparecen en el infinito fluir del tiempo. El historiador no sólo reúne y describe acontecimientos —una valiosa tarea de por sí— tratando de responder a las preguntas del *cómo* (por ejemplo, mostrando la forma en que Melilla fue ocupada a finales del siglo XV). Su trabajo es más complicado y, con toda certeza, mucho más interesante que una mera colección y descripción de acontecimientos. El historiador tiene también que analizar e interpretar los acontecimientos. Dicho de otro modo, tiene que responder a preguntas del *por qué* (¿qué fuerzas socio-políticas y culturales condicionaron la conquista de Melilla?) Estas preguntas no surgen de la nada. Son generadas por la perspectiva específica que emplea el historiador. Esta perspectiva o punto de vista está integrada por proposiciones y nociones teóricas, pero también por valores e intereses ideológicos.

Resumiendo mi primer punto: la predisposición epistemológica (la forma en que el historiador mira los hechos de la historia) contribuye a lo incompleto en términos empíricos al hacer que el investigador seleccione algunos datos y desprece otros. Tanto la predisposición o prejuicio como la selectividad son inherentes a cualquier estudio. No obstante, en un estudio científico deberían ser controlados, haciéndolos explícitos, de forma que se capacite al lector a juzgar la validez de los descubrimientos que se presentan. De esta forma, todos los estudios son, por definición, parciales e incompletos. El oficio del historiador es modesto.

Una forma de mostrarles la clase de historia de Melilla que pueden esperar de mí, consiste en indicarles brevemente mis testadores intelectuales, mis fuentes principales de inspiración.

En lo que va del siglo XX la historiografía francesa ha producido, sin duda alguna, los estudios más estimulantes e innovadores. Me refiero, en particular, a la tradición de los *Annales* iniciada por Marc Bloch y Lucien Fèbvre. Estos eruditos, entre otros, nos han mostrado que la historia es algo más que una mera sucesión de acontecimientos militares, diplomáticos y políticos de los que los protagonistas son los reyes, los generales, los intelectuales y los políticos. Los historiadores de los *Annales* optaron por una *historia integral*, una historia integrada de las fuerzas productivas y de las clases sociales, del comercio y de la industria, de los movimientos demográficos y del desarrollo de la cultura. Ellos, por otra parte, estudiaron la historia de “abajo arriba” trayendo a un primer plano las masas de campesinos, artesanos, trabajadores y soldados que habían sido ignorados hasta entonces por las corrientes principales de la historia. Fernand Braudel, el epígono más destacado de los fundadores de los *Annales*, me enseñó a mirar de forma diferente el Mundo Mediterráneo, a distinguir tres capas en el tiempo histórico: los paisajes, que cambian lentamente (tiempo geográfico),

la *longue durée* de las civilizaciones y las estructuras sociales, y las constelaciones políticas, que cambian constantemente.

De Marc Bloch aprendí que no se puede entender el presente si no se tiene en cuenta el pasado, pero que es igualmente importante conocer el presente para poder investigar el pasado adecuadamente. De ahí mi combinación de enfoques y métodos tanto históricos como antropológicos. Varios escritos del gran etnólogo, historiador, folklorista y sociólogo español Julio Caro Baroja —el único científico social que trabajando durante el régimen de Franco, alcanzó reconocimiento internacional— ilustran de forma clara este punto.

Otra fuente de inspiración que desgraciadamente sólo puedo mencionar de pasada, es el *magnum opus* de Norbert Elías, el sociólogo alemán que tuvo que huir de los nazis poco después de publicar su *Veber den Prozess der Zivilisation (Sobre el Proceso de la Civilización)*, publicado en 1939. Algunos aspectos de su teoría de la formación del estado y de los procesos de la civilización pueden ser aplicados provechosamente a la historia de Melilla y del Riff. La formación del estado se refiere a la creciente monopolización de los medios de violencia e impuestos llevados a cabo por un poder central único; es decir, el estado en el que un creciente número de personas son subyugadas por la autoridad del estado central y, como súbditos, dependen cada vez más las unas de las otras de formas cada vez más complejas. El segundo proceso está estrechamente relacionado con el primero y se refiere a la forma en que la gente aprende a controlar gradualmente sus impulsos tanto bajo la coacción de una fuerza exterior (el estado y sus agentes) como a través del desarrollo de un Superego (autocoacción). Este modelo de evolución histórica —resumido aquí muy brevemente con el riesgo de una simplificación excesiva— explica en gran parte la historia política de Melilla y de la zona norte de Marruecos y las diferencias de cultura entre españoles y marroquíes.

Uno de los conceptos clave en mi estudio sobre Melilla será el de la *interdependencia*. Esta palabra significa simplemente que las personas, en todos los niveles de la sociedad humana, dependen básicamente los unos de los otros, en lo relativo a la satisfacción de sus necesidades, en todas las esferas de la vida. La gente constituye configuraciones (familia, barrio, pueblo, ciudad, región, estado, comunidad de estados) las cuales son relativamente autónomas, queriendo decir con ello que la dirección en que se mueven o se desarrollan no puede ser planificada ni dirigida por un solo individuo (o grupo de individuos). Voy a darles un ejemplo que ilustre estas afirmaciones.

En ningún momento de la historia de Melilla se puede entender esta sociedad si no se tiene en cuenta sus relaciones con las tierras contiguas del Riff. Sin embargo, la naturaleza o el modo en que Melilla y el Riff dependen una del otro, y viceversa, cambia constantemente. Creo que una cuidadosa comparación de la naturaleza de esta interdependencia, digamos

durante el Protectorado y los años setenta, nos proporciona una considerable penetración tanto en la historia reciente de Melilla como en la de la provincia de Nador. El futuro de Melilla como enclave español en Marruecos no será dirigido por los políticos de Melilla, Madrid, Rabat o Washington. Las decisiones sobre el futuro de Melilla vendrán determinadas por la configuración geopolítica global de Melilla cendrán determinadas por la configuración geopolítica global del mundo, que no puede ser controlada por naciones individualmente (2).

Una característica fundamental de las configuraciones humanas es el *poder*. Este es un concepto muy importante. Tenemos tendencia a concebir el poder como un algo, una cantidad que algunos tienen y de la que otros carecen. Esta es, a mi entender, una forma de pensar errónea. Propongo pensar en el poder como una cualidad de *cualquier* relación humana (sea una relación entre amantes, entre patrón y empleado, entre cristianos y musulmanes, o entre España y Marruecos). El poder es siempre relativo en dos sentidos. En primer lugar, no conozco ningún tipo de relación en la que una de las partes "posea" poder y la otra esté completamente sin él. Incluso en una relación de extrema desigualdad, tal como la existente entre amo y esclavo, este último detecta cierto poder sobre el primero en cuanto que representa un valor para su amo. En otras palabras, algunas características de la vida del amo *dependen* de las acciones de sus esclavos. Por otra parte, la historia nos enseña que los papeles del poder se pueden invertir.

Soy de la opinión de que un análisis de lo concerniente a este concepto de poder en las relaciones entre las distintas comunidades étnicas y culturales que constituyen Melilla y de la interrelación entre la ciudad y el Riff llevará a un mejor entendimiento de la realidad que es Melilla.

La ciencia ha logrado una enorme riqueza de conocimientos del mundo natural, incluyendo a los hombres como seres naturales. Por otra parte, nuestro conocimiento de los hombres, como seres sociales e históricos, y de la sociedad humana, es mucho más limitado, inadecuado y fragmentado. La razón principal de este desequilibrio se debe a que los científicos sociales y los historiadores son parte del objeto que investigan. Ellos están implicados en la sociedad que estudian. Son ellos mismos sus propios instrumentos de investigación. El problema de la subjetividad y la objetividad es una de las cuestiones más fundamentales de la investigación histórica y social.

Una persona que habiendo nacido en Melilla, crece, se casa y vive su vida en esta ciudad, llega a ser parte de la sociedad local en un grado tal

(2) Naturalmente, esto no quiere decir que los habitantes de Melilla tengan que resignarse a su destino y no tratar de influir en el curso de su historia. Estoy de acuerdo con el adagio de Karl Marx de que la gente hace su propia historia pero no pueden escoger las circunstancias bajo las cuales la hacen. Me gustaría añadir que un mejor conocimiento de las circunstancias capacita a la gente a realizar adecuada elección y a tomar unas mejores decisiones.

que da por sentado la mayor parte de las experiencias cotidianas. Un hijo de Melilla está tan acostumbrado a las escenas callejeras de todos los días que, por ejemplo, apenas reparará en la abigarrada sucesión de limpiabotas, vendedores ambulantes, vendedores de lotería, etc. Tampoco oirá los sonidos cotidianos de la vida de la ciudad, por ejemplo, el sonido de las trompetas de los militares que resuenan en la ciudad por la mañana temprano y al atardecer. Solamente si ve u oye algo poco común —digamos un vendedor de alfombras sobre un camello o el ruido de una explosión— se detendrá en su rutina diaria, observará más de cerca al hombre montado sobre el camello y preguntará a la gente cercana qué clase de ruido oyeron. En otras palabras, sólo entonces *se preguntará el por qué y sentirá curiosidad*.

Cuando vine a Melilla por primera vez hace un par de meses todo era nuevo para mí. Cuando caminaba por las calles me asombraba siempre de todas las cosas y de la gente que veía. Además, como outsider, todo a mi alrededor tenía esa dimensión especial de lo nuevo y lo exótico. Veía cosas que los hijos de Melilla ya no ven. Usando una metáfora, yo era como un niño que tenía que aprender a hablar porque mi español era más que imperfecto entonces. Tenía que aprender los precios y las costumbres y las maneras locales. A diferencia de un hijo de Melilla, yo no daba nada por sentado. De haberlo hecho, un coche me podría haber matado al cruzar la Plaza de España por el paso de cebra, convencido de que tenía preferencia como en Holanda. Mientras que un niño tarda unos quince años en integrarse en la sociedad que le rodea y de la que forma parte, yo me podía permitir tan sólo unas semanas para hacerlo. Esta fue una experiencia agotadora. Actualmente estoy bastante bien adaptado a la vida local. Ahora ya no me pierdo en la ciudad; me he familiarizado, hasta un cierto grado, con la clase de conocimiento social cotidiano que se necesita para sobrevivir como ser humano. Dicho de otro modo, me he convertido, en parte, en un hijo holandés de Melilla. Esto tiene la ventaja de que me siento a gusto, tengo amigos, y me gusta vivir aquí. Pero tiene la desventaja de que doy por sentado mucho de lo que veo.

La moraleja de esta historia sirve para ilustrar uno de los aspectos del problema de la subjetividad y la objetividad. La curiosidad y la buena voluntad (y la habilidad) para cuestionarlo todo son las cualidades más elementales de la actitud científica. Un requisito previo es la objetividad o distanciamiento. Un pequeño ejemplo: un cofrade que está participando en una procesión de Semana Santa por décimo año consecutivo no será capaz de dar una descripción objetiva y más o menos completa de la procesión por tres razones, al menos. Primera razón, porque está demasiado inmerso en la ejecución de su tarea como para poder ver lo que sucede a su alrededor; segunda razón, dado que “conoce” el aspecto que ofrece una procesión tras diez años de participar en ella, no “ve” los infinitos detalles de un acontecimiento semejante; y tercera razón, su posición física en la proce-

sión le impide tener una visión de conjunto. En cambio, un periodista que esté en un balcón para informar sobre la procesión está en una posición mucho mejor para ofrecer una visión de conjunto del acontecimiento. Sin embargo, si el reportero es un hijo de Melilla que creció tomando parte en las procesiones de Semana Santa, dará por sentado muchos de los detalles, pasándo por alto algunos. Existe una cuarta razón por la que el cofrade y el periodista no están dispuestos a dar una descripción más o menos neutral de la procesión de Semana Santa. Como hijos de Melilla, tienen demasiados intereses materiales y sentimientos ideológicos y culturales como para desligarse de la sociedad de la que forman parte y poder ofrecer una descripción relativamente objetiva de la realidad. Incluso si ellos son historiadores cualificados o antropólogos culturales les será muy difícil dar un análisis desapasionado de su propia comunidad. Se censuran a sí mismos.

Pero hay otro aspecto en este problema; la curiosidad y una actitud crítica presuponen también subjetividad. Si un científico no está realmente interesado en un fenómeno, nunca será un buen investigador. Demasiada objetividad o distanciamiento dan como resultado una pobre ciencia social. Un observador demasiado objetivo y distanciado de la procesión de Semana Santa sólo verá el "exterior", nunca sabrá lo que pasa en los corazones y en las mentes de la gente que participa en ella. Para conocer el "interior" o saber lo que la procesión significa realmente para los participantes, y el público asistente a la procesión, tendrá que estar metido en ella, tiene que familiarizarse con ella y preguntar tanto a los participantes lo que la procesión significa para ellos como al público asistente lo que sienten. El fenómeno debería cautivarle hasta cierto punto. Por lo que a mí se refiere, Melilla y su historia son lo suficientemente cautivadoras como para adentrarse en ellas. Melilla es también lo suficientemente hospitalaria como para no sentirse desplazado. Cuando a principios de mayo regresé a Melilla, tras una visita de dos semanas a Holanda, experimenté esa agradable sensación de encontrarme inmediatamente como en mi casa. Por otra parte, para hacer bien mi trabajo tengo que permanecer en parte como un outsider, o por decirlo de otra forma, como un "forastero profesional".

Resumiendo este punto: para la labor del historiador es esencial establecer un equilibrio entre subjetividad y objetividad. Si me he expresado con suficiente claridad, los lectores deberían poder explicarse por qué la mayoría de los historiadores de Melilla han venido de fuera (don Gabriel de Morales, don Francisco Mir, don Jesús Salafranca y don Francisco Saro). Que ellos se han convertido en hijos de Melilla por adopción está perfectamente puesto de manifiesto en sus escritos. No obstante, es también obvio que no se ha dicho aún la última palabra sobre la historia de Melilla ni que tampoco será dicha en el futuro. Las historias siempre serán vueltas a escribir. Este es un aspecto del eterno conflicto del género humano por alcanzar una mayor entendimiento de sí mismo, y el fin del conocimiento es crear una sociedad mejor.